

bria que tener lástima de los esfuerzos en que se consumen los más grandes genios. Creemos que el filósofo tenía también otros pensamientos que los que acabamos de criticar: su unidad no era teológica, sino filosófica. La unidad romana implica que fuera de la Iglesia no hay salvación. ¿Era ésta también la opinión de Leibnitz? No puede creerse: la unidad, tal como la concibe, prueba lo contrario; los protestantes hubieran conservado *sus principios íntegros*, hubieran, pues, seguido siendo protestantes, lo cual no les hubiera impedido salvarse. Si los protestantes pueden salvarse sin entrar realmente en la Iglesia, ¿por qué no han de poder salvarse los infieles, los judíos, los libres pensadores? Estamos, pues, fuera de la unidad católica, en una unidad más comprensiva, realmente universal, puesto que comprende á todo el género humano. ¿No habría sido ésta la opinión de Leibnitz? Es positivo que, por poco consecuente que fuese, debía tener esta creencia. Sigámosle en su correspondencia con Pellisson. Ciertas almas pequeñas se habían empeñado en convertir al filósofo para salvar su alma. Nada más interesante que ver la cortesía de Leibnitz luchando con sus convicciones: necesitó todo su arte diplomático para librarse de aquellos salvadores. Tratemos de descubrir su verdadero pensamiento.

Leibnitz es demasiado cortés para asustar á su corresponsal, que tenía todo el celo de un nuevo converso. Se parapeta detrás del nombre, entonces imponente, de la Compañía de Jesús: "¿No enseñan los jesuitas que el amor de Dios y la unión con él bastan para salvarse, sin necesidad de otro conocimiento?", Pellisson no había aprendido el catecismo con los reverendos padres; responde que con semejante máxima no quedaría ya ni religión ni Iglesia: "Si alguna vez, dice, las puertas del infierno pudieran prevalecer contra Jesucristo; si alguna vez la religión cristiana pudiera perecer, por este flanco sería por donde se le infrieran las heridas mortales.", La previsión era exacta y se ha realizado. Leibnitz no se desconcierta, y pregunta: "¿Cómo es, pues, que los jesuitas enseñan esta doctrina?", Pellisson prescinde de la Compañía, y ataca el principio que se le imputa: "Si suponéis que la unión con Dios, de la que cada cual es juez y árbitro, basta para salvarnos, suponéis que todas las religiones son buenas, sin exceptuar la pagana.", Ya tenemos al filósofo entre la espada y la

pared; sus amigos los jesuitas vendrán en su auxilio. Hace distingos: ¡Dios le libre de decir que todas las religiones son buenas! Las hay erróneas. Pero ¿impide esto que se salven los que las siguen? ¿No puede ser invencible su error? La religión será mala, pero la contrición de los fieles borrarán los vicios de la fe y salvará á los creyentes (1).

Hasta aquí Leibnitz habla en nombre de los jesuitas. Cuando ya ha acostumbrado á su corresponsal á oír estas atrocidades, vuelve á tomar la cuestión por sí: "¿Basta para salvarse un verdadero amor de Dios en todas las cosas?", Responder terminantemente que si hubiera sido desesperar al buen Pellisson y á las religiosas que se habían unido con él para salvar el alma de Leibnitz. "No me atrevo á decidir.", dice. Hace después una pequeña concesión para agradar á aquellas señoras: "Confieso que lo más seguro es buscar la verdadera Iglesia y escucharla cuando se la conoce, obedecer á los superiores en todo lo posible sin violentar su conciencia y emplear cuidadosamente todos los medios de conocer las voluntades reveladas de Dios.", ¡Figúrense el éxtasis de las hermanas al leer estas palabras que rebosan ortodoxia! Ya creen que Leibnitz se ha salvado; no sospechan que aquel Alemán tan humilde es un astuto diplomático. Luego viene un *pero*. "Pero cuando después de buscarla no ha sido posible encontrar la verdad, ¿es posible la salvación?", ¿Dirá por fin que sí? Si, pero dulcificándolo, como se endulzan las píldoras que se dan á los niños. Sigue siempre vacilante en sus consecuencias: "No pronunciamos, pues, resueltamente sentencia de condenación contra nuestros hermanos, y contentémonos con decir que es peligroso verse privados de los medios ordinarios de la salvación.", Habla el filósofo, pero el diplomático modera lo que su doctrina pudiera tener de duro para oídos católicos. Sin embargo, su pensamiento no puede ser dudoso. La creencia del catolicismo de que la salvación solamente está al alcance de algunos fieles, supone que únicamente Roma posee la verdad. Pellisson escribe á Leibnitz que, de no admitir esto, es preciso creer que la verdad se halla repartida entre las diversas Iglesias, de donde se deduciría que no hay una que posea la verdad completa. Esto pone á Leibnitz

(1) LEIBNITZ, *Obras*, t. 1, p. 62-98, 79-81 (ed. Careil).

en el caso de dar su opinión acerca de la famosa pretensión de la Iglesia romana. ¿Qué responde? Nada; pero al margen de la carta de Pellisson escribe: *Es posible* (1). Estas palabras contienen el verdadero pensamiento del filósofo. No podía conceder á una Iglesia el privilegio sobrenatural de ser el único órgano de la verdad eterna, y con este pretendido privilegio desaparece todo el edificio de la ortodoxia católica. Si cada secta posee una parte de la verdad suficiente para la salvación, ¿por qué no la ha de poseer la secta de los que no quieren afiliarse en ninguna secta? Por consiguiente, los filósofos, aun cuando no hacen profesión de cristianismo, pueden también salvarse. Hémos aquí en plena herejía, según los ortodoxos; en plena verdad, según la creencia instintiva de la humanidad.

Insistimos en este punto, porque es esencial y porque debemos demostrar que Leibnitz está en la tradición ancha del libre pensamiento, y no en el círculo estrecho de una pequeña secta que se llama la Iglesia católica. Nada más interesante que poner frente al lenguaje que emplea el filósofo cuando escribe á Pellisson el lenguaje sencillo y preciso de su correspondencia con Burnet, obispo anglicano, pero latitudinario, y, por consiguiente, filósofo á la manera de los cristianos; no se trata ya de cristianismo, sino de filosofía. "Nada, dice Leibnitz, sirve mejor á la *sólida devoción* que la *verdadera filosofía*, que hace conocer y admirar las maravillas de Dios y que publica su gloria como se debe. Porque ¿cómo se puede amar á Dios y glorificarle sin conocer su belleza? Pero el objeto de todo es la práctica de las *virtudes morales* para el bien público, ó, lo que es lo mismo, para la gloria de Dios.", ¿Qué hubieran dicho las buenas hermanas que tanto se interesaban por la salvación de Leibnitz si hubiesen leído esta profesión de fe? Nos conduce lejos, muy lejos, del cristianismo tradicional. La filosofía se convierte en la ley de salvación. No se trata ya de la gracia, ni de las virtudes teológicas, sino de seguir la ley del deber; no se trata ya de huir del mundo para amar á Dios; por el contrario, es necesario permanecer en él, porque trabajando por el *bien público*, se trabaja por la gloria de Dios. La piedad no consiste ya en mas-

(1) Véase acerca de este debate entre LEIBNITZ y PELLISSON el tomo 1 de sus *Obras*, ed. Careil, p. 62-63, 79-81, 106-111.

cullar oraciones dentro de un convento: "Creo verdaderamente piadosos, añade Leibnitz, á los que tienen grandes ideas sobre la sabiduría de Dios y entusiasmo suficiente para hacer el bien conformándose á su voluntad todo cuanto les es posible.", En fin, el egoísmo del cristiano que abandona la sociedad de sus semejantes para no pensar más que en la salvación de su alma es reemplazado por la solidaridad humana: "No se puede trabajar mejor para su propia felicidad, dice nuestro filósofo, que trabajando por el mayor bien general, ó, lo que es lo mismo, por la gloria de Dios.", (1).

Hé aquí el verdadero Leibnitz: está de acuerdo con las aspiraciones de la humanidad moderna. ¿Qué distancia entre este concepto de la vida y la creencia cristiana, por más que sea interpretada por Bossuet y Pellisson, cuya inteligencia no dejaba de tener elevación! El filósofo se cierne sobre todas las sectas cristianas, como el águila sobre las nubes que envuelven la tierra y la ocultan á la vivificante luz del sol. Unos propagandistas se esforzaban por conseguir su salvación; ¿y qué era la salvación á sus ojos? Consistía en recitar el *Credo* del catecismo romano. Para Leibnitz, la salvación consiste en llenar la misión de pensador que Dios le ha dado. El grande hombre tiene la condescendencia de prestarse á este juego de conversión, pero su verdadero pensamiento estalla á pesar de su urbanidad. Volvamos un instante á su correspondencia con Pellisson. Empezó con un fin religioso, pero poco á poco se hizo científica; no se trató ya de la salvación según el concepto cristiano, sino de los principios de la filosofía de Leibnitz. Pellisson se dejó arrastrar, después se censuró á sí mismo: "No nos hemos ocupado, dice, ni vos ni yo, más que de vuestra *dinámica*, sin pensar en vuestra conversión, que es el objeto de nuestros deseos.", Leibnitz le responde, bastante secamente, "que considera el cuidado de su salvación como el más esencial y más apremiante; pero que no ha hallado todavía una necesidad absoluta que le obligue á entrar en la comunión romana á toda costa.", La correspondencia continúa, pero versa bastante más sobre la *dinámica* que sobre la teología. Pellisson muere, y Leibnitz no está aún convertido. Tiene gran sentimiento por su amigo de Francia; pero ¿es por el bien espiritual de su alma,

(1) LEIBNITZ, *Opera*, edic. Dutens, t. vi, p. 263, 264, 270.

á la manera de los católicos? Escribió á la hermana Brisson, á aquella buena religiosa que quería á toda costa hacer la salvación del filósofo alemán, "que Pellisson le había hecho esperar algunas comunicaciones referentes á la *historia contemporánea* y á otros interesantes conocimientos." Pide á madame de Brisson que le proporcione un nuevo correspondal que pueda sustituir á su amigo académico (1). ¡Pobre madame de Brisson! ¡Creía que Leibnitz estaba en correspondencia con un *converso*, y tenía sed de convertirse igualmente, y se le hace saber que Pellisson servía de *periódico* ó de *revista* al pensador universal! Leibnitz hacia su salvación á su manera, satisfaciendo su sed de ciencia por todos los caminos posibles, y ha llenado bien su destino.

Se pregunta cómo, separado por tan gran distancia de las almas pequeñas que concentraban todos sus esfuerzos sobre su conversión, ha podido Leibnitz prestarse á esta especie de comedia. No se trataba únicamente de la salvación de un hombre; una vez que fuese ganado Leibnitz, se esperaba ganar el mundo protestante. Seguramente, el filósofo pensaba en la conversión de la Reforma más que en la suya. ¿Por qué, pues, se embarcaba en este barco? Hemos puesto de relieve el lado honroso de estas negociaciones. Debemos añadir que tenía tal vez un móvil menos puro; Leibnitz era Alemán y vivía en la corte de un pequeño príncipe de Alemania. Ahora bien, así como el genio alemán gusta de moverse en toda libertad en las alturas del pensamiento, así también los Alemanes en la vida real eran en el siglo XVII, y son hoy todavía con demasiada frecuencia, tímidos, humildes, obsequiosos, digamos la palabra, serviles. No nos atreveríamos á dirigirles esta censura si ellos mismos no se la hubieran dirigido (2). Leibnitz trataba de estar bien con todas las potencias, y empleaba demasiada complacencia en servir las pequeñas ambiciones de sus príncipes. Las tentativas de conciliación de las confesiones cristianas estaban patrocinadas por un príncipe alemán: ¿no será ésta la explicación más natural del buen deseo y de la longanimidad que el filósofo mostró en toda la negociación?

Le perdonaríamos de buen grado esta excesiva

(1) LEIBNITZ, *Obras*, edic. Careil, t. I, p. 269, 306, 355.  
(2) *La Deutsche Hunds-demuth*.

facilidad si en el curso de la discusión Leibnitz no hubiera hecho á sus adversarios concesiones que un filósofo no hubiera debido firmar jamás. Llega hasta conceder que la Iglesia exterior, visible, es infalible en todos los puntos de fe que son necesarios para la salvación, y atribuye este don sobrenatural á una asistencia especial del Espíritu Santo que se la ha prometido (1). Sabido es que hubiera aceptado, en caso de necesidad, el pontificado, si los sucesores de San Pedro hubieran querido transigir en algunas de sus pretensiones. En una carta á Fabricius, nuestro filósofo prueba muy doctamente, á la manera de los ortodoxos, que Dios, que ha querido la unidad al fundar su Iglesia, ha debido querer también un lazo exterior de esta unidad, porque es el único medio de conservarla (2). Es dudoso si lo decía de buena fe. ¿Creía lo que decía, ó no hacia más que un alarde de ingenio al buscar razones para el pontificado, del mismo modo que las en contraba para otras cosas? No nos atrevemos á responder que Leibnitz se reía de sus corresponsales, porque no se limita á admitir el principio, admite también las consecuencias. Una de las más funestas es seguramente el poder indirecto que la Iglesia reclama sobre lo temporal. Leibnitz deduce, y con razón, que la Iglesia puede prohibir á sus súbditos el obedecer á los magistrados cuando éstos comprometen la salvación de las almas; en este caso los súbditos están obligados á obedecer á la Iglesia antes que á su soberano. Él mismo, asustado de la concesión que acaba de hacer, presenta en seguida esta restricción: que la Iglesia no puede autorizar la rebelión (3). Pero desobedecer á la ley ¿no es un acto de rebelión? La resistencia, aun cuando sea pasiva, ¿no es un crimen? Leibnitz debía ir aun más lejos; si la Iglesia tiene un poder espiritual, si Dios se lo ha dado, si el Espíritu Santo dicta sus decisiones, preciso es que la razón se doblegue ante esta autoridad divina; desde este momento desaparece la libertad de pensar, así como la independencia del Estado; y en ese caso, ¿qué es de la filosofía?

No podemos explicarnos las extrañas concesiones que Leibnitz hace á la Iglesia más que por un delirio de lógica. Hizo mal en dar el primer paso

(1) LEIBNITZ, *Obras*, t. I, p. 118, nota 2.—LEIBNITZ und Landgraf Ernst von Hessen-Rheinfels, t. II, p. 19.  
(2) LEIBNITZ, *Epistol.*, edic. Kortholt, t. I, p. 15.  
(3) LEIBNITZ á PELLISSON, *Obras*, t. I, p. 264.

en este camino fatal; el primero arrastraba necesariamente al segundo. Sin embargo, Leibnitz no dió jamás este último paso: esta es para nosotros una prueba cierta de que el primero no era sincero. Para comprender el verdadero pensamiento de Leibnitz es necesario dejar á un lado las negociaciones *irónicas*, y es preciso oírle cuando habla como filósofo. Entonces su lenguaje no difiere esencialmente del de Espinosa. Hacemos abstracción del concepto de Dios. Leibnitz es alemán y protestante: dos razones, á falta de una, para que mantuviese alto y firme el principio de la individualidad. Pero si nuestro filósofo no enseña el panteísmo, tampoco participa de las ideas cristianas sobre su Dios verdadero y su Dios egoísta. Dice muy bien que los cristianos se han imaginado poder ser devotos sin amar á su prójimo, ó han creído poder amar á su prójimo sin servirle. Dios, para los más perfectos entre los perfectos, es un ídolo al cual sacrifican todas las afecciones humanas, y este Dios, por su parte, sacrifica la inmensa mayoría de las criaturas á su gloria. Leibnitz dice también que la verdadera piedad consiste en el amor de Dios, pero, añade, un *amor ilustrado*. Y ¿qué entiende por esto? ¿Es el culto supersticioso del Hombre-Dios? ¿Es el amor del Dios de Nicea? Se debe amar, escribe al landgrave de Hesse, no á Dios en cuanto ha tomado la naturaleza humana, sino más bien á Dios en cuanto esencia divina, porque ella sola es completamente perfecta (1). Y ¿qué es esta caridad que Leibnitz ensalza sobre la fe? Nos ha dicho ya, y lo repite además muchas veces, que habla como filósofo: *amar á Dios es servir á los hombres*. Hé aquí al verdadero Leibnitz; éste es hermano de Espinosa.

Esta noción de Dios y de la caridad conduce á bien distintas consecuencias que la doctrina estrecha de la ortodoxia cristiana. La Iglesia profesa que fuera de su seno no hay salvación. ¿Es ésta también la opinión de Leibnitz? Sería hacerle una injuria el suponerlo. Aun en su correspondencia con Pellisson, en que se muestra conciliador, se subleva contra unos sentimientos tan rencorosos como mezquinos. Quisiera al menos salvar á los que están en un error *moralmente invencible*: "Condenarlos, dice, sería contrario al honor de Dios." Pellisson contesta con esta vulgaridad de San Pablo: "¡Oh

(1) LEIBNITZ und Landgraf von Hessen, t. I, p. 251.—LEIBNITZ (*Obras*, Principios, t. II, p. 3 y 4, edic. Charpentier).

hombre! ¿quién eres tú para disputar con Dios? ¿El vaso de arcilla dirá al que lo ha formado: por qué me has hecho así? ¿Qué sabemos, añade Pellisson, de la justicia de Dios? "Sabemos al menos esto, responde Leibnitz, que no puede haber dos justicias, como no puede haber dos geometrías," (1). Frase profunda que destruye todo lo sobrenatural cristiano de la gracia, de la predestinación y de la condenación; es decir, en otros términos, que la revelación cristiana que implica una justicia distinta de la justicia humana es una quimera. Luego la ley natural basta, lo cual nos conduce fuera del cristianismo á la filosofía.

## V

Si tal es la última palabra de Leibnitz, ¿qué debemos pensar de su conciliación entre la razón y la fe, entre el protestantismo y el catolicismo? Hemos dicho que estas transacciones no tienen ningún valor filosófico y que no satisficieron ni aun á los partidos religiosos. Para los católicos, es de completa evidencia; si dejaron á Leibnitz en paz, fué porque el filósofo alemán manifestaba gran respeto á la Iglesia, de modo que no perdieron jamás la esperanza de ganarlo. Los protestantes hubieran tenido más razón en quejarse, al ver á uno de los suyos tomar el partido del pontificado. Pero el odio hacia la Babilonia del Apocalipsis, hacia la gran prostituta, había sido reemplazado por la indiferencia. Había en la filosofía de Leibnitz principios más peligrosos, que comprometían lo mismo el cristianismo reformado que el catolicismo; pero Leibnitz no había tratado de la teología *ex professo*, no había formulado jamás su filosofía, su cuerpo de doctrina, y trataba á la teología con tanto miramiento que difícilmente hubiera podido buscarle querella. Encontró un discípulo en Alemania menos diplomático ó menos perspicaz. Wolf creyó hacer tal vez una obra muy cristiana demostrando los dogmas del cristianismo oficial por la filosofía matemática: no reparaba que al hacerla racional destruía la fe revelada. La facultad de teología de la universidad de Halle se conmovió; lanzó sus rayos contra Wolf; esto era atacar á Leibnitz, porque el discípulo no hacia más que reproducir el pensa-

(1) *Obras de LEIBNITZ*, ed. Careil, t. I, p. 115-117.

miento del maestro, dándole al parecer el rigor de la geometría.

Es un acta de acusación en regla. La teodicea, esa gloria de Leibnitz, es atacada en sus bases. "¿Qué es un Dios que no es libre? Es más bien la fatalidad que un Dios creador. Ahora bien, Leibnitz dice que Dios, al crear el mundo, ha debido escoger el más perfecto: ¿dónde está, pues, su libertad? Dios ha escogido el mundo más perfecto, dicen nuestros nuevos filósofos. Olvidan las palabras del Hijo Dios, que nos promete una nueva tierra y nuevos cielos. Solamente al final de este mundo creará Dios un mundo perfecto para los elegidos. ¿Quién, pues, si es cristiano, se atreverá á decir que la tierra que habitamos es la más perfecta que ha podido salir de las manos del Creador? ¿Desconocen nuestros filósofos el pecado original? ¿No saben que este mundo está en poder de los malos espíritus, que la razón humana se ha debilitado, alterado por la falta del primer hombre? ¿Que hasta la materia se halla viciada y el mal extendido por todas partes? ¡Y este mundo ha de ser el más perfecto de los mundos! Los que lo dicen podrán ser filósofos, pero seguramente no son cristianos. En efecto, aun admitiendo los dogmas del cristianismo, los desnaturalizan, y en realidad, los destruyen. Reconocen la existencia del mal, pero falta poco para que hasta la misma palabra se convierta en un bien, porque dicen que si hubiese menos mal en el mundo dejaría de ser perfecto. ¡El mal una condición de perfección! ¿Es esto lo que nos enseñan San Pablo y San Agustín? Según nuestros nuevos filósofos, el mal es necesario, fatal; es una consecuencia de nuestra imperfección, una limitación inherente á todo ser creado. Olvidan una vez más su Biblia, la cual nos enseña que el mal ha venido á este mundo como consecuencia de una falta, que el mal es una pena. Nuestros filósofos hablan también de pena, pero es de labios afuera. ¿Puede hablarse de castigo cuando el hombre no es libre? ¿Y es libre el hombre, si es cierto, como enseñan Leibnitz y su discípulo, que se halla determinado en todas sus acciones por causas que no dependen de él? Hé aquí una libertad á la manera de Espinosa. ¡Por tanto, ni libertad en Dios, ni libertad en el hombre! ¡Tales son las bases sobre que se elevan la moral y la religión!," (1).

(1) La censura de la facultad se halla en extracto en SCHMIDT, *Geschichte des geistigen Lebens in Deutschland*, t. 1, p. 414-416.

Hé aquí el acta de acusación dirigida por los protestantes. ¿Qué sería si los jueces fueran católicos sinceros! Los ortodoxos modernos que reivindicán á Leibnitz en pro de su causa tienen que cerrar los ojos á la luz, tienen que contentarse con palabras, fórmulas de urbanidad, señales de benevolencia y transacciones consentidas por el muy condescendiente pensador. Para el que quiere dejar á un lado las *libres interpretaciones* de Leibnitz y sus *esfuerzos* por conciliar el dogma con la razón, no queda ni sombra de duda acerca de sus verdaderas ideas. Es cristiano por el lenguaje y libre pensador en el fondo. Es decir, que, á pesar de todos sus *esfuerzos*, no consiguió conciliar el cristianismo y la filosofía. ¿Quién se atreverá á vanagloriarse de salir bien allí donde Leibnitz ha fracasado?

#### § V.—Bayle.

##### I

Descartes, Malebranche, Leibnitz, pretenden que la fe y la razón son idénticas; pero cuando los dos últimos de estos ilustres filósofos trataron de demostrar la conformidad del cristianismo y de la filosofía incurrieron en herejías y fueron rechazados por los teólogos ortodoxos. Hé aquí un pensador que se llama también cristiano, pero que abraza resueltamente una opinión sobre la incompatibilidad de la revelación milagrosa y de la razón humana. Bayle pone la filosofía frente á frente del Evangelio. ¿Qué piensa Jesucristo de nuestra sabiduría? ¿Se ha tomado Jesucristo el trabajo de armonizar su predicación con la ciencia tan decantada de los Griegos? "Su destino ha sido más bien, dice Bayle, confundir toda filosofía y hacer ver su vanidad. Ha querido que su religión chocase, no solamente con la religión de los paganos, sino también con los aforismos de su sabiduría. Ha querido que sus discípulos y los sabios de este mundo fuesen tan diametralmente opuestos que recíprocamente se tratasen de locos; ha querido que así como su Evangelio parecía una locura á los filósofos, la ciencia de éstos pareciese á su vez una locura á los cristianos," (1).

(1) BAYLE, *Noticias sobre los Pyrronistas* (Diccionario, t. IV, página 642).

Nuestros ortodoxos, que leen mucho los periódicos católicos, pero que apenas leen la Sagrada Escritura, se admirarán de oír semejante lenguaje en boca de un cristiano; sospecharán sin duda que el malicioso Bayle haya exagerado ó aun alterado el pensamiento de Jesucristo. Escuchen, pues, al Espíritu Santo hablando por boca de San Pablo: "Jesucristo me ha enviado para predicar el Evangelio, y predicarle *sin emplear en ello la sabiduría de la palabra; para no anular la cruz de Jesucristo*. Porque la palabra y la cruz es una *locura* para los que se pierden, pero para los que se salvan es *la virtud y el poder de Dios*. Por esto está escrito: *Yo destruiré la sabiduría de los sabios y aboliré su ciencia*. ¿Qué ha sido de los sabios? ¿Qué ha sido de aquellos que buscan con tanta curiosidad la ciencia de este siglo? ¿No ha confundido Dios con su *locura la sabiduría de este mundo*? Porque Dios, viendo que el mundo con la sabiduría humana no le había reconocido en las obras de su sabiduría divina, ha tenido á bien salvar por la *locura de la predicación* á los que creyeran en él. Los judíos pedían milagros y los gentiles buscan la sabiduría. En cuanto á nosotros predicamos á Jesucristo crucificado, que es un *escándalo* para los judíos y una *locura* para los gentiles, pero lo que parece una *locura es más sabio que la sabiduría de todos los hombres*. Considerad á aquellos á quienes Dios ha llamado á la fe; hay pocos sabios según la carne. Dios ha escogido los menos sabios según el mundo, para confundir á los sabios," (1).

Es tan cierto que la filosofía, tal como la razón la enseña, no puede conciliarse con el cristianismo, que los filósofos para ser cristianos tendrían que empezar por abdicar su sabiduría. Tal vez no creeríais á Bayle, pero creeréis á San Juan, por mejor decir á Jesucristo, el Verbo de Dios, porque él es el que habla: "Aquel que no renazca á una nueva vida no puede ver el reino de Dios," Los filósofos deben dejar de ser filósofos si quieren ser discípulos de Cristo; deben morir como filósofos á fin de renacer como cristianos. Bayle tiene muchísima razón y es más cristiano que todos los filósofos cristianos del mundo cuando dice: "Es absolutamente preciso optar entre la filosofía y el Evangelio: si no queréis creer nada más que lo que es evidente y conforme á las nociones comunes, se-

guid la filosofía y abandonad el cristianismo; si queréis creer los misterios incomprensibles de la religión, seguid el cristianismo y abandonad la filosofía. Porque poseer á la vez la evidencia y la incomprensibilidad es imposible: la combinación de estas dos cosas es tan imposible como la combinación de la figura cuadrada y de la figura redonda. Es absolutamente necesario optar. Si las comodidades de una mesa redonda no os satisfacen, haced una cuadrada; pero no pretendáis que la misma mesa os facilite las comodidades de una mesa redonda y de una mesa cuadrada," (1).

Es decir, que la famosa identidad de la fe y de la razón, que era un axioma para Descartes y sus discípulos, es para Bayle el problema de la cuadratura del círculo. No se limita á probar que la filosofía y el cristianismo son inconciliables, sino que se complace en esta lucha interminable entre la revelación y la razón humana. Descartes, por prudencia, evitó el combate. Malebranche se lanzó á él sin reservas, con la vehemencia francesa, y pereció en él. Leibnitz recurrió á una libre interpretación de las creencias cristianas y no dejó subsistir más que el nombre. Bayle gusta también de mezclarse en la lucha, pero es para reirse de los combatientes. Dice á los filósofos que se creen cristianos: "Tened cuidado, abris el santuario al enemigo. Vuestra razón es más capaz de refutar y de destruir que de probar y de edificar. Sujetadla á prueba, oid sus objeciones contra vuestras verdades teológicas: no hay ninguna sobre la que no presente grandísimas dificultades. Si la seguís en sus disputas hasta donde quiera llegar, os encontraréis con muy serias dificultades. Hay dogmas que creéis como verdades divinas; pues bien, la razón los combate con objeciones insolubles. Persuadíos de que la religión nos ha revelado cosas que os parecerán falsas si las queréis juzgar según vuestras ideas filosóficas. Si os empeñáis absolutamente en razonar vuestra fe, no tenéis más que hacer una cosa, reconocer los reducidos límites del espíritu humano; y cuando encontréis una de esas dificultades que la razón declara insolubles, tenéis que reiros de sus objeciones; es preciso obligarle á rendir las armas y aceptar voluntariamente las cadenas de la fe," (2).

(1) BAYLE, *Diccionario*, t. IV, p. 644.

(2) BAYLE, *Coloquios de Máximo y de Themisto* (Obras, t. IV, página 42).—*Respuesta á las preguntas de un provincial*, c. CLVI (Obras, t. III, p. 840).

(1) Véanse las pruebas en BAYLE, t. IV, p. 642.